

También aquí nos encontramos con la misma oscuridad acerca del éxito de la legación. Ante todo, no se logró el objeto principal de ella, cual era el hacer entrar al Rey de Portugal en la liga contra el turco. Diéronse, es verdad, buenas palabras; oyéronse con respeto las proposiciones del legado, pero harto tenían que hacer las armas de Portugal en tan vastas regiones descubiertas en el Oriente, para poder tomar una parte muy activa en las empresas de Europa.

Otro negocio importante llevaba el legado de parte de San Pío V, y era el procurar el casamiento del joven D. Sebastián, Rey de Portugal, con D.^a Margarita, hermana de Carlos IX, Rey de Francia (1), «joya que apetecían, dice Cienfuegos, los hugonotes, para enriquecer y autorizar su partido, si diese la mano al Príncipe de Bearne, después Enrique IV. Por el motivo opuesto, deseaba con ansia San Pío V que ésta desposase con este monarca, grande hijo de la Iglesia» (2). Parece que San Francisco de Borja logró inclinar á este enlace el ánimo de D. Sebastián; pero al fin, no tuvo efecto la boda, ya fuese por las intrigas de los herejes franceses, ya por la inconstancia del joven monarca portugués, ya por las disensiones políticas que entonces turbaban la corte de Lisboa. Arregló también el santo cuanto pudo los negocios domésticos que ocurrían en la provincia de Portugal, y procuró deshacer las calumnias que entonces se levantaban contra los PP. González de Cámara, Miguel de Torres y León Enriquez, confesores de la Real familia (3).

8. Á fines del año 1571 volvió nuestro santo á Madrid con intento de pasar luego á Roma, pues por entonces parece que no se había resuelto que acompañase al legado á Francia. En Madrid recibió un expreso de San Pío V, ordenándole proseguir al lado del Cardenal hasta que éste concluyese toda su legación. En virtud de esta orden, salió de Madrid con el legado á principios de Enero del año 1572. Por carnaval llegaron á Blois, donde á la sazón se hallaba la corte

(1) Véase en el Arch. sec. del Vaticano, *Varia Politicorum*, t. LXXXI, f. 471, la instrucción que llevaba Alejandrino sobre los negocios de Portugal. Encargábasele mucho éste del matrimonio, y se le mandaba seguir el parecer de San Francisco de Borja. «*Conferirete il tutto co' il sudetto P. Generale. governandovi secondo il suo consiglio, parlando con chi a Sua Paternità Reverenda parerà a proposito et expediente.*» (*Ibid.*, f. 477.)

(2) *Vida de San Francisco de Borja*, l. v, c. 15.

(3) No pertenece á nuestra historia el explicar este negocio, que tanta resonancia tuvo en toda Europa, y dió margen á tan graves calumnias contra la Compañía. Lo ilustrará quien escriba la historia de la Asistencia de Portugal. Véase á Sacchini (*Hist. S. J. Borgia*, l. VII, núm. 136).

francesa. También aquí se prodigaron á Borja las muestras de extraordinario respeto que había recibido en Madrid y Lisboa. Habló detenidamente con el Rey y con la Reina madre, Catalina de Médicis; pero ni él, ni mucho menos ella, estaban dispuestos á entrar en las nobles ideas de San Pío V. La embajada del Cardenal Alejandrino no sabemos que produjese en Francia resultado ninguno. Mientras allí se negociaba, llegó la noticia de estar gravemente enfermo el Sumo Pontífice.

9. Dispuso el Cardenal su camino á Roma, quedando poco satisfecho del joven Rey y mucho menos de la Reina madre, en quien sólo encontraba buenas palabras y políticas evasivas. Salió con Borja de Blois el 25 de Febrero, y llegó sin novedad á Lyon. Aquí recibieron avisos más alarmantes acerca de la enfermedad del Papa (1), y como al mismo tiempo sobreviniese una fuerte calentura á nuestro Padre, juzgó conveniente el Cardenal continuar él solo su viaje hasta Roma, dejando á su compañero en Lyon para curarse. Así se hizo, y el santo, pasados algunos días, cuando se hubo repuesto un poco de su mal, entró en los Estados de Saboya, cuyo Duque le prodigó los más solícitos cuidados. De allí caminó á Turín á muy cortas jornadas, andando unas dos leguas por día, pues la mala disposición del enfermo no daba lugar á mayor aceleración. Al llegar á Turín por Semana Santa de 1572, le salió al encuentro la grandeza de la ciudad. Como San Francisco de Borja nunca se hallaba bien entre los honores, procuró animarse cuanto pudo, y fingiendo fuerzas y salud que no tenía, continuó su viaje hacia Ferrara, navegando por el Pó. Á los dos días le sobrevino en la barca tan grave accidente, que sus compañeros creyeron se les moría. Volvió en sí y pudo llegar penosamente á Ferrara.

10. El duque D. Alonso de Este, que le hizo una magnífica recepción, le tenía prevenido aposento en su mismo palacio; pero no pudo vencer la humildad religiosa de Borja, que se fué derecho al colegio de la Compañía, para descansar entre sus queridos hijos (2). Poco

(1) Lo testifica D. Tomás de Borja en el proceso de Zaragoza, 1610. Este hermano del santo, queriendo acompañarle á Roma, fué á esperarle en Lyon cuando volvían de Blois. Allí los dejó el legado á los dos, y por la posta partió á Italia. (*Process. remiss. Val.*, f. 167.)

(2) El santo mandó á su hermano D. Tomás que aceptase el hospedaje del Duque y él se fué al colegio. Nótese que D. Tomás no habla nada en su relación de ese recibimiento honroso de Turín. La relación de D. Tomás llega del folio 175 al 180. Todo *de visu*. (*Process. remiss.*, f. 177.) Es de advertir que el P. Nadal envió á Fe-

después, observándose que el aire del campo le sería mejor para curarse, le sacaron del colegio y le instalaron en una cómoda casa fuera de poblado. Allí reunió el Duque de Ferrara una junta de los mejores médicos para curar al santo. Todos convinieron en que era imposible un restablecimiento completo, estando el sujeto tan gastado. Lo más que se podía hacer era prolongar algún tanto una vida que irremediamente se iba extinguiendo. Era esto á principios de Mayo, cuando ocurrió la muerte de San Pío V.

Unos cuatro meses permaneció enfermo en esta casa nuestro Padre. Á principios de Setiembre manifestó deseos de que le trasladasen á Roma. Repugnábalo el Duque de Ferrara, creyendo que el viaje acabaría con la poca vida del enfermo; pero éste, llamándole un día, vino á decirle en sustancia estas palabras: «Señor, no es voluntad de Dios que acabe mi peregrinación en el regalo de Ferrara, sino en Roma, donde la acabaron mis dos grandes antecesores, Prepósitos de la Compañía, y así me será de suma consolación que luego luego me hagan llevar á Roma.»

Rindióse el Duque á estas palabras, y acomodando una cama en la litera, pusieron en ella al santo. Tuvo el consuelo de visitar de camino la santa casa de Loreto (1), y parece que allí le concedió algún alivio la Virgen Santísima, como ya en otra ocasión le había sanado de una grave dolencia. En Macerata le sobrevino un accidente que le puso á lo último, y cuando volvió en sí, rogáronle los Padres que le acompañaban, que nombrase Vicario para cuando muriese; pero él, ó por humildad, ó por imitar á sus dos predecesores, no quiso nombrarlo.

Por fin, después de sufrir tantas fatigas y congojas, entró en Roma el 28 de Setiembre. Rodeaban solícitos nuestros Padres y Hermanos la litera, y el santo, ya que otra cosa no podía, levantaba un poco las manos para corresponder á las muestras de amor que se le prodigaban. Acomodado en el aposento donde murieron sus dos predecesores, envió al P. Luis de Mendoza á Tívoli, donde estaba Gregorio XIII, para pedirle su bendición é indulgencia plenaria. Varios Cardenales vinieron á visitarle, especialmente Aldobrandini el ma-

rrara, para ver al santo, al P. Luis de Mendoza. Mandó Borja que este Padre volviese á Roma, llevándose á D. Tomás, y él se quedó en Ferrara todo el verano. (*Ibid.*, f. 177.)

(1) Allí se le reunió D. Tomás, que había vuelto de Roma, y en adelante nunca se apartó de su santo hermano, hasta que éste expiró.

yor, que lo hizo en nombre del Papa (1). El día siguiente, 29, sintiéndose más despejado, pudo hablar largamente con el P. Nadal sobre los negocios de la Compañía. Pronto, sin embargo, se agravó la enfermedad, y nuestro santo, asistido por los principales Padres de Roma y por su hermano D. Tomás de Borja, expiró plácidamente en la noche del 30 de Setiembre al 1.º de Octubre de 1572.

Así acabó á los sesenta y dos años de edad aquel hombre extraordinario, á quien tanto debió la Compañía, y que forma con Ignacio y Javier la gloriosa terna de santos que veneramos al frente de la Compañía, y que fueron en cierto sentido los tres hombres más grandes que entonces había en el mundo. No creemos que nos ciegue el amor filial al afirmar, que el siglo XVI no vió ni un fundador como Ignacio, ni un apóstol como Javier, ni un despreciador del mundo como Borja. La renuncia de las honras y dignidades no fué en este santo un acto heroico, fué un heroísmo continuado toda la vida. Asombró á todo el mundo el estampido que dió el Duque de Gandía cuando renunció su ducado; pero la renuncia de las honras no quedó terminada cuando firmó el acta notarial en Oñate, cuando se cortó el cabello y la barba y se vistió una humilde sotana. Por ocho ó nueve veces resistió á la dignidad cardenalicia que le quisieron conferir varios Papas á ruegos de Carlos V y Felipe II. En las cortes de Portugal y España se le tributaron honras y distinciones increíbles, mayores de las que se hubieran tributado al antiguo Duque de Gandía, como notaba oportunamente el P. Bustamante, y en medio de todo este esplendor, siempre Borja es el mismo, siempre pobre, mortificado y humilde, hasta un extremo que muchos juzgaban excesivo.

Fué un dechado admirable de las virtudes religiosas, y principalmente sorprendía á todos verle distinguirse en aquellas, que parecían más extrañas á su antiguo estado y condición. Un hombre que había seguido la corte, que había gobernado el principado de Cataluña en tiempos bastante difíciles y revueltos, un hombre en fin, metido como el que más en negocios políticos y administrativos, fué después en la religión tan recogido, tan dado á la oración y trato con Dios, que San Ignacio hubo de moderar sus deseos de vida contemplativa y lanzarle en medio de los negocios que el establecimiento de la Compañía llevaba consigo.

En gran parte de su vida religiosa, aun cuando era General, hubo

(1) *Process. Remiss.*, f. 177.

de andar en viajes de un colegio á otro, sin tener, por decirlo así, morada fija, y en medio de tantos caminos y negocios, siempre Borja se muestra diligentísimo, no solamente en la oración y misa diaria, sino en las súplicas que debe dirigir á Dios en cada hora del día, en los afectos que ha de ejercitar y en los negocios que quiere encomendar á la divina misericordia. Solía escribir este orden que tenía en su oración y devociones. Un fragmento se ha conservado de este diario, que empieza en el año 1564 y continúa por algunos años. Es un librejo compuesto por el mismo santo con las hojas en blanco de muchas cartas que recibía. Prescindamos de la pobreza que esto significa. Lo que asombra principalmente es ver á un General de la Compañía apuntar tan solícitamente lo que ha de pedir á Dios en cada hora del día, como si no tuviera otra cosa que hacer en toda su vida.

Un hombre que había vivido en el lujo y abundancia, entrado religioso, se trató á sí mismo con tanta pobreza y escasez, que todos confesaban ser excesivo aquel rigor. Ciertamente reconocieron los superiores que, mientras el santo fué comisario de España, pecó por el extremo de admitir casas demasiado pobres y de abrir colegios sin la renta suficiente. Con esta ocasión nos dió ejemplo San Francisco de Borja de dos virtudes al parecer opuestas, pero entrambas admirables y simpáticas en su persona. Cuando empezó á ser superior, dió en el extremo de la pobreza, incurriendo en el defecto, honrosísimo en un hombre como él, de padecer más de lo que cómodamente se podía tolerar. Después, cuando, hecho General de la Compañía, advirtió los inconvenientes en que había tropezado, procuró esmerarse en proveer á sus súbditos de todo lo necesario, y cuidaba con afecto verdaderamente paternal de la salud y comodidad de sus hijos.

La humildad de San Francisco de Borja ha excitado en toda la Iglesia la más profunda veneración. Ya en vida era el objeto del asombro de todos, y era muy ordinario en las ciudades acudir, como á un espectáculo curioso, á contemplar aquel hombre que todo lo había dejado por Dios. Su penitencia y mortificación hubo necesidad de freno en varias ocasiones, pues ya por la abstinencia, ya por las disciplinas y cilicios, ya por las incomodidades con que viajaba, exponía su salud á graves peligros. Lo asombroso es que pudiese hacer tal penitencia un hombre molestado siempre por penosas enfermedades.

Considerando estas virtudes, no nos debe maravillar la impresión

grande que hacía en la corte la presencia del P. Francisco. Todo el mundo sabía que donde entraba aquel hombre entraba la santidad; todos estaban convencidos de que aquel hombre era superior á todos los intereses mezquinos y á todas las envidias y miserias que se agitan en las cortes. Por eso, sin duda, procuró el demonio echarle de la corte de España valiéndose de horribles calumnias. Larga relación pudiéramos tejer de las virtudes y actos gloriosos de San Francisco de Borja, pero debemos limitarnos, dejando esta tarea á sus biógrafos. Después de San Ignacio, fué el hombre á quien la Compañía debió más en España, pues era su amparo en todas las persecuciones y quien todo lo allanaba con el peso de su colosal autoridad.